



¿ÉTICA DEL DEBER O ÉTICA DEL QUERER?

Norbert Bilbeny: *Ética*. Barcelona: Ariel. 2012.

JOSÉ MALAVÉ / profesor del IESA y editor de *Debates IESA*.

El filósofo Peter Singer planteó, en su *Practical ethics* (Ética práctica; Cambridge, 1999), que la noción kantiana de la ética debía ser abandonada. La consideraba desorientadora por atribuir valor moral solamente a la acción ejecutada porque es correcta, sin otro motivo. Aunque la persistencia de tal actitud era comprensible, y quizá deseable desde un punto de vista social, quienes aceptaran esa noción de la ética y cumplieran el deber por el deber mismo, sin considerar otra razón, serían víctimas de un fraude.

Crítica de la ética del deber y propuesta de una ética del querer

Para Singer tal noción se basa en un argumento insostenible para la justificación racional de la ética: si la ética requiere un juicio universal o imparcial, y la razón es universal u objetivamente válida, entonces una acción es ética si se basa en juicios universalizables; es decir, la ética y la razón requieren que las personas adopten una perspectiva ajena a sus puntos de vista personales.

Este argumento no es válido, según Singer, porque la conclusión no se sigue directamente de las premisas: que un juicio sea «universalmente válido» no implica que sea «universalizable». Cualquier agente racional podría aceptar que la conducta egoísta de otro agente racional es justificable racionalmente; pero, si sus intereses difieren, cada uno podría actuar racionalmente en contra de los deseos del otro. Singer ilustra esta situación con el caso de dos vendedores que compiten por una venta importante: cada uno puede aceptar que la conducta del otro es racional, aunque intente perjudicarlo. Lo mismo ocurre con los soldados en el campo de batalla o los futbolistas en el campo de juego.

La exigencia de universalidad es mayor para los juicios éticos que para los juicios racionales: «Que una acción sea más beneficiosa para mí que para cualquier otro podría ser una razón válida para llevarla a cabo, pero no sería una razón ética para hacerlo» (Singer, 1999: 320). Por ello, este intento de vincular

razón y ética está condenado al fracaso. Pero puede haber otras maneras de establecer el vínculo. Podría mostrarse que es racional actuar moralmente, si al hacerlo se obtiene algo deseado. Por ejemplo, si se considera racional actuar de acuerdo con intereses de largo plazo, independientemente de lo que se desee hoy, podría mostrarse que es racional actuar moralmente si hacerlo favorece intereses de largo plazo.

Hay una objeción general a esta forma de argumentar: no se puede lograr que la gente actúe moralmente aduciendo razones de interés personal, porque estaría actuando interesadamente no moralmente. La respuesta de Singer es que la acción —lo que realmente se hace— es más importante que el motivo. Por ejemplo, una persona puede dar dinero para ayudar a los pobres porque espera que hablen bien de ella o porque cree que es su deber; pero, para los beneficiarios, eso es irrelevante.

Una objeción más elaborada se refiere a la naturaleza y la función de la ética. La ética es un producto de la vida social cuya función es promover valores comunes a los miembros de la sociedad. La gente que cumple su deber por el deber mismo tenderá siempre a promover lo que la sociedad valora. Quizá no esté inclinada a la generosidad, pero si piensa que es su deber ayudar a los pobres lo hará. Se puede esperar que quienes estén motivados por hacer lo correcto actúen siempre correctamente; mientras que quienes actúen por el interés propio harán lo correcto solo cuando crean que también favorece su interés. Normalmente no se dice que la gente debería hacer algo que le proporcione un gran placer, pues estaría motivada a hacerlo de todos modos. Se alaban las buenas acciones ejecutadas por cumplir un deber, no aquellas motivadas por el interés propio.

El énfasis en el valor moral de cumplir el deber por el deber mismo está tan engranado en la noción de ética que dar razones de interés personal reduce el valor moral de la acción. Singer rechaza esta noción de la ética, sin que ello implique

dejar de hacer lo correcto porque es correcto. Pero en la vida cotidiana, al tomar decisiones éticas es necesario buscar razones en un sentido amplio, sin descartar el interés propio. Si la búsqueda es exitosa se encontrarán razones para adoptar el «punto de vista ético» como un modo de vida: por ser una persona ética, hacer lo correcto satisface su interés. Deliberar acerca de las razones últimas para hacer lo correcto, en cada caso, complicaría innecesariamente la vida.

Singer propone, entonces, una ética del querer según la cual, al adoptar el punto de vista ético, una persona actuará correctamente porque corresponde a su interés hacerlo. Pero, ¿puede justificarse la ética en términos del interés propio? ¿Cuáles rasgos de la naturaleza humana permiten esperar que coincidan la ética y el interés? Podría decirse que todas las personas tienen inclinaciones de benevolencia y empatía que las hacen preocuparse por el bienestar de otros; y también, que la conciencia conduce a sentimientos de culpa cuando se hace algo incorrecto. Pero, ¿cuán fuertes son esos sentimientos de empatía y culpa? ¿Es posible suprimirlos? De ser así, en un mundo donde tantos humanos y otros animales sufren, ¿suprimir la conciencia y la empatía no será una vía hacia la felicidad? Quienes vinculan ética y felicidad dirán que no se puede ser feliz si se suprimen esos sentimientos, pues de ellos depende la capacidad para mantener relaciones de amistad y amor, sin las cuales no puede haber felicidad real. Es necesario tomar en serio algún estándar ético, y vivir con él de manera honesta; pues la alternativa sería una vida de engaño y deshonestidad, en la cual gravitaría sobre la persona la amenaza de ser descubierta.

Pero todo esto es hipotético, reconoce Singer. La naturaleza humana es tan diversa que es válido dudar de cualquier generalización acerca de las inclinaciones relacionadas con la felicidad. Singer expone el caso extremo del psicópata: una persona asocial, impulsiva, egocéntrica, que carece de sentimientos de culpa y es aparentemente incapaz de formar rela-

reseña

ciones personales profundas y duraderas. La existencia de este tipo de personas invalida el argumento según el cual la empatía y la culpa están presentes en todos. También parece invalidar el intento de vincular la felicidad con tales inclinaciones; aunque este punto es discutible, en vista de la dificultad para indagar en los estados subjetivos de los psicópatas, y del resto de la gente.

Singer encuentra en el clásico estudio de Hervey Cleckley, *The mask of sanity* (La máscara de la cordura) de 1941, una posible explicación de la conducta del psicópata: es una consecuencia de la falta de significado de su vida. Pocas personas escogerían una forma de vida carente de significado. Pero es forzoso reconocer que, en ausencia de creencias religiosas, no es evidente el sentido de la vida, no solo para los psicópatas.

La respuesta de Singer es: «Si buscamos un propósito más amplio que nuestros intereses, algo que nos permita dar a nuestras vidas un significado más allá de los estrechos confines de nuestros estados conscientes, una solución obvia es adoptar el punto de vista ético» (1999: 334). Esto implica pasar del punto de vista personal a la perspectiva de un espectador imparcial, la más objetiva posible: «el punto de vista del universo» (citando a Henry Sidgwick). La racionalidad puede llevar a una persona a preocuparse por algo más que la calidad de su existencia. Ahora bien, quienes no siguen este camino —o lo siguen sin llegar hasta el punto de vista ético— no son irracionales ni viven equivocados. La conducta éticamente indefendible no siempre es irracional. Quizá siempre se necesitarán sanciones legales y presión social contra las violaciones de estándares éticos. Al final Singer reconoce que la pregunta «¿por qué actuar moralmente?» no tiene una respuesta que proporcione razones irrefutables para todos. Pero las personas suficientemente reflexivas para hacerse esta pregunta tienen más posibilidades de encontrar razones para adoptar el punto de vista ético.

Una ética del deber

El profesor Norbert Bilbeny, decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, defiende una ética kantiana en su *Ética*, nueva edición ampliada de su *Aproximación a la ética*, de 1992. Al comienzo del libro, Bilbeny responde una pregunta frecuente de los estudiantes cuando se acercan a este tema: ¿cuál es la diferencia entre moral y ética? Aunque admite que en el habla cotidiana no exis-

te mayor diferencia y que ambas palabras pueden usarse (y se usan en muchos textos) como sinónimas, en un sentido analítico sí hay una diferencia importante.

El campo de la ética

Moral se refiere a una forma de comportamiento social: un conjunto de actos y actitudes que las personas consideran apropiado (bueno, correcto, justo, válido) con respecto a seres que son objeto de consideración; por ejemplo, en la

Para decir que hay actos «mejores» que otros, y que deben hacerse los primeros y no los segundos, es necesario conocer muy bien la práctica que se intenta regular

Grecia antigua, varones y ciudadanos, no esclavos ni extranjeros. Ética es un razonamiento sobre la conducta moral (supone la existencia y el conocimiento de la moral) o «moral reflexionada» (dar razón de lo que se hace libremente y asumir responsabilidad por lo hecho). «El objeto de la ética no es tanto la acción cuanto lo que *guía* la acción» (Bilbeny, 2012: 29-30).

Lo moral se opone a lo inmoral (contrario a las normas) y a lo amoral (falta de ellas). Lo ético se opone a lo que carece de razón o principios. Bilbeny alerta contra dos amenazas para la ética: (1) la «alogía» o falta de juicio moral que consiste en no pensar en los actos propios y sus consecuencias, ni en la existencia de los demás; y (2) la anestesia moral o falta de sensibilidad con respecto a los demás que consiste en no reconocer ni tener presente al otro (ni a uno mismo). Según Bilbeny, esa insensibilidad a la opinión, el dolor o las necesidades ajenas, ocurre en una sociedad guiada por el interés económico (anestesiada). Pero una sociedad puede también resultar anestesiada por causas políticas, como ocurre en los regímenes que utilizan justificaciones ideológicas (e incluso legales) para mantenerse en el poder y cometer las más diversas transgresiones a la ética. La sociedad venezolana transita ambos caminos —económico y político— hacia la anestesia moral.

La acción moral tiene su origen en la libertad y el respeto a sus normas. Pero, recuerda Bilbeny, hay diversos móviles de la acción humana: normativos, culturales, intelectuales y necesidades fisiológicas e instintos. Otro motivo importante es la disposición a vivir de acuerdo con uno mismo, que explica actos tales como adoptar (a sabiendas) a un niño minusválido o salvar el honor de un amigo (aunque ello perjudique el éxito propio).

El primer requisito de la ética consiste, según Bilbeny, en «fundamentar»: dar una razón a lo que uno se propone hacer o pide que otros hagan. El riesgo está en el «fundamentalismo», que es incompatible con el carácter reflexivo, no dogmático, de la ética. La fundamentación es un proceso de razonamiento acerca de las condiciones para que una acción pueda ser considerada buena o correcta. No consiste en «demostrar» verdades últimas, incontrovertibles, tam-

poco en «justificar» mediante relatos de naturaleza mitológica, religiosa o histórica, de valor indiscutible.

Para deslindar el campo de la ética, Bilbeny comienza definiendo el hecho moral como un «hecho de razón». Por ejemplo, cuando alguien dice «sigo la regla de decir la verdad» no se refiere a un conjunto de datos sensoriales sino a su significado: es un hecho (no algo imaginario) que da razón de tales datos. Un hecho moral no es, pues, un hecho físico (objeto, por ejemplo, de la biología) ni un hecho psíquico o cultural (objeto de la psicología o la antropología). Es un hecho que es posible por la libertad: seguir unas normas de libre asentimiento. La ética estudia tales normas y su fundamento.

Razón y conciencia

Pero la moralidad no es puramente razón, advierte Bilbeny. En ella participa la conciencia moral, que aprueba o no una regla de acción. La conducta moral resulta, entonces, de la combinación de «actúa de acuerdo con tu razón» y «haz lo que dicte tu conciencia», sin «la mirada de Dios o el apoyo de sus padres» (2012: 45).

La conciencia moral consiste en reglas y hábitos de reflexión que se van formando y aplicando con autonomía (de no ser así no podría exigirse responsabilidad). Como proceso cognoscitivo, su desarrollo sigue etapas: adaptaciones sucesivas a las fases del aprendizaje social que determina qué es correcto y por qué actuar. Bilbeny cita el modelo de seis etapas de Lawrence Kohlberg (*Psicología del desarrollo moral*): desde la obediencia de normas paternas para evitar castigo hasta la coincidencia con principios éticos universales. Así, es posible interpretar las diferencias entre concepciones morales (argumento típico del relativismo) como

diferencias entre etapas del desarrollo moral.

Adoptar cualquier tipo de regla moral implica una operación cognoscitiva de decisión. La decisión ética supone capacidad para elegir entre varias posibilidades, lo cual requiere deliberación (una forma de investigación) y voluntad.

La conducta moral resulta de la combinación de «actúa de acuerdo con tu razón» y «haz lo que dicte tu conciencia», sin «la mirada de Dios o el apoyo de sus padres»

La voluntad es una actitud interior que conduce a la autodeterminación de la persona, al margen de deseos, preferencias o pasiones. La pasión sigue reglas en las que el sujeto cree (a diferencia de la emoción) y rivaliza con la razón. Sus reglas más temibles son los afanes de riqueza, poder y honor. Lo único que puede dominar estos apetitos insaciables (que a veces se disfrazan incluso de «moral») es el ejercicio de la razón.

La razón es «una capacidad desarrollada a partir de nuestra facultad de pensar» (2012: 91), no un supuesto o un ideal, y es reguladora en el ámbito de la moralidad (de la libertad), no en el de la naturaleza. Para saber qué hacer, a fin de actuar correctamente, al individuo le basta con usar la razón. No necesita una religión ni una ciencia. La moral cristiana y el utilitarismo anteponen a la razón un contenido psicológico particular (salvación o bienestar), con lo cual se pierde la validez universal.

Deber y querer

En cualquier sujeto medianamente capaz de razonar no tarda en surgir el dilema entre deber y querer (una idea kantiana que viene desde los griegos). El egoísmo ético consiste en que «toda acción o no acción moral debe redundar en beneficio de la propia satisfacción del protagonista» (2012: 165). Es difícil traducirlo en una regla universal, porque no puede suponerse una armonía de la especie humana. Placer y provecho no significan lo mismo para todos.

La ética del querer expresa un punto de vista interesado o sesgado. La ética del deber sigue un punto de vista desinteresado o imparcial: adopta el deber como móvil de la acción moral. Según Kant: «Hay que hacer lo debido sólo por deber, sin que entre en juego en esta causa ningún otro móvil oculto o declarado, que puede ser un sentimiento o cualquier interés ajeno a la razón» (2012: 174).

El utilitarismo juzga la calidad moral de una acción por sus conse-

cuencias. En cambio, para Kant, la calidad se juzga por la voluntad de actuar por el deber y no por esperar algo. ¿Por qué darle más valor al deber que a otra determinación? Porque la obligación moral tiene como condición la libertad: siempre hay la posibilidad de hacer otra cosa. En eso difiere de una

necesidad impuesta por la naturaleza o la sociedad.

Lo moral difiere también de lo legal. La legalidad (cumplir «la letra» de la ley) constituye un factor externo (imposición). La moralidad implica un factor interno (respetar o tener presente el «espíritu»). Los deberes legales son particulares, de corto plazo y no requieren «virtud». La obligación moral constituye un deber general y sostenido en el tiempo. El «legalismo moral» consiste en que la persona está más dispuesta a asumir la culpabilidad legal que la responsabilidad moral. La responsabilidad, en sentido ético, consiste en responder de los propios actos y actitudes, y por los motivos y las consecuencias de ejecutarlos. No es posible ser responsable y contrario a la ética, ni ser ético pero irresponsable.

Bilbeny introduce una digresión sobre la excusa como expresión de irresponsabilidad. La finalidad de la excusa es negar o atenuar la responsabilidad: el mal no fue tan grande o no podía ser evitado, y en cualquier caso «no soy del todo responsable». La excusa es un «triunfo de la imaginación sobre la moral» (2012: 197). Se descarga la culpa en uno mismo («no tuve alternativa», «fue un error»), en otros («la mayoría lo hace», «fui obligado a hacerlo») o en todos («así es la sociedad», «todos nos equivocamos», «las normas no están claras»). En términos psicoanalíticos, tales formas de descargar la culpa corresponden al mecanismo de defensa de la racionalización.

No puede decirse que un acto es admisible o rechazable, si no se le relaciona con una regla que formule un juicio sobre ese acto. ¿En qué se fundamenta tal regla? ¿Cómo se llega a respetarla? A diferencia de lo legal, lo ético tiene fuerza prescriptiva interna (no requiere castigo sino que genera conciencia de culpa) y capacidad de justificación; de allí la imprecisión y la flexibilidad características del dilema moral.

El imperativo categórico

Las reglas morales tienen origen social, pero la decisión de seguirlas es individual, y su fuerza prescriptiva es mayor mientras más general sea su validez. Por ejemplo, «no es tolerable la venganza» expresa una obligación incondicionada, a diferencia de las reglas condicionadas de la lógica de consecuencias («se puede matar a alguien para evitar un mal mayor»). Por eso se habla de un imperativo condicionado a su objeto (religioso o militar, por ejemplo), no categórico.

El imperativo categórico es un principio práctico «consistente con la evidencia de que actuar “moralmente” es actuar de acuerdo con un precepto que vale para todos» (2012: 217). No es un asunto de consenso o mayoría: la universalidad viene dada por la racionalidad. «Aquello que debe hacerse ha de determinarse, pues, por normas que sean válidas independientemente de los efectos y las consecuencias resultantes de su aplicación» (2012: 219). Ahora bien, las reglas éticas, en cuanto reglas racionales, tampoco implican un frío cálculo lógico («moral de computadora»). Para decir que hay actos «mejores» que otros, y que deben hacerse los primeros y no los segundos, es necesario conocer muy bien la práctica que se intenta regular.

Las críticas que han hecho diversos filósofos al criterio de universalidad llevan a pensar que el imperativo no es tan riguroso o consistente como creía Kant. Pero entonces, responde Bilbeny, ¿en qué consiste la ética? ¿En elegir entre dos inclinaciones o entre una inclinación y un deber? ¿Cómo decidir entre deberes en conflicto? ¿Optar por el deber más incondicional o por intereses egoístas? En el segundo caso, la acción puede ser beneficiosa para ciertos intereses, pero no será ética. «La conducta moral o es categórica o se trata de otra clase de conducta, tan aceptada o aceptable, desde otros supuestos, como se quiera» (2012: 225). Según Bilbeny, el adjetivo «categórico» significa afirmativo e incondicionado, frente a dubitativo y condicionado, pero es diferente de concluyente o tajante (como en la disciplina militar).

La realidad psicológica de la afectividad plantea un problema filosófico. ¿Cuánta afectividad puede estar presente en un juicio de aprobación o desaprobación? Ninguna, dijo Kant, pero admitía «fenómenos de la disposición de ánimo» que predisponen a cumplir la ley moral: respeto a la ley, autoestima y amor al prójimo. La presencia de afectos morales está sujeta a una condición: que predispongan

reseña

a lo moral. El peligro está en la pérdida de autonomía. Una decisión es autónoma cuando resulta de una determinación libre de la voluntad. Lo contrario ocurre con las justificaciones que anteponen objetos particulares: felicidad, bienestar, ciencia, Dios. Tales principios conducen a imperativos hipotéticos: «haz tal cosa si quieres tal otra». Pero la moral no puede concebirse como un medio para satisfacer un fin extraño a ella, sea impuesto por la naturaleza o la cultura.

El problema de las perspectivas morales

Bilbeny recuerda una escena del *Julio César* de Shakespeare que conduce a una pregunta interesante: Bruto justifica el asesinato y consigue la adhesión del pueblo, luego Marco Antonio con su discurso exalta al mismo pueblo contra Bruto. ¿Cómo se explica un cambio de opinión tan radical?

Existen diferentes modos de concebir qué está bien o mal, según la perspectiva moral adoptada. Bilbeny destaca tres perspectivas históricamente relevantes: (1) perfección (el bien como visión de Dios); (2) felicidad, con las variantes de hedonismo (maximizar placer y minimizar dolor) y utilitarismo (maximizar consecuencias agradables según el criterio del grupo); y (3) autonomía (el bien corresponde a una forma de voluntad, según Kant, o de decisión, según Sartre).

Sin «buena voluntad», en la perspectiva kantiana, los demás bienes son relativos e incluso pueden ser malos: el «autodominio del malvado, la prudencia del egoísta, la fortuna del impostor» (Bilbeny, 2012: 260). La voluntad puede seguir siendo buena aunque, por alguna circunstancia, sus efectos sean contrarios a los deseados. Esta perspectiva no implica menospreciar la utilidad (facilitar los medios para ejercitar la buena voluntad): lo bueno no debe quedarse en simple intención. Tampoco implica propensión al fracaso. Pero

el éxito, en el sentido de buenas consecuencias, no es el criterio de lo ético.

Para Sartre la moral de la situación es lo característico de la existencia humana. Cada situación (única e intransferible) requiere una elección: «inventar una solución». En cada elección se vuelca todo el peso de la vida ética y se define el universo moral; de allí la angustia: «debemos decidir solos, sin base, sin guía y, aun así, por todos» (2012: 269). Si se piensa en los valores como «datos» dejan de ser valores, se vuelven «cosas». Esto lleva a la «mala fe»: evitar la angustia que acompaña, siempre, a una elección res-

Las reglas morales tienen origen social, pero la decisión de seguirlas es individual, y su fuerza prescriptiva es mayor mientras más general sea su validez

ponsable y fundadora de valores. Regirse por valores preexistentes implica desentenderse de la libertad.

Bilbeny termina su libro con una discusión sobre el relativismo. El problema del relativista es que renuncia a decir que algo es bueno o malo «de una manera invariablemente cierta y segura» (2012: 272). Por ejemplo, el soborno puede ser malo si el gobierno funciona bien o bueno si contribuye a agilizarlo. La justificación apela a los intereses de quienes juzgan. «Con el relativismo es imposible llegar a un acuerdo sobre lo que es “cierto”, “objetivo” o, en una palabra, válido desde un punto de vista moral, porque impide la universalidad de los juicios éticos» (2012: 272). Para la actitud relativista ningún principio moral tiene validez universal sino vigencia para un grupo. En su grado extremo, el relativismo dogmático, ¿cómo podría ponerse de acuerdo una sociedad sobre lo correcto en un caso concreto? ¿Sería aceptable éticamente el criterio que fije una mayoría estadística (51 contra 49 por ciento, por ejemplo)?

El relativismo implica desechar una concepción racional de la ética. La razón

permite buscar alguna forma universal de lo humano, en la cual se base un principio práctico para todos. Esto no implica dejar de lado la diversidad (de intereses y mentalidades) sino, precisamente, por conocer los conflictos y sus nefastas consecuencias, buscar un mínimo común para la acción.

Ética para la acción

Norbert Bilbeny aporta con su *Ética* una exposición actualizada de uno de los temas más complejos y difíciles a los cuales se ha enfrentado la humanidad. Desde que existen registros se han encontrado

propuestas para deslindar lo bueno de lo malo, lo correcto de lo incorrecto, y críticas a cada una de ellas. La perspectiva kantiana es la continuación (algunos dirán la culminación) de una línea de pensamiento que viene desde la Grecia antigua, al menos. Los filósofos continuarán debatiendo sus méritos y proponiendo soluciones a sus inconsistencias.

Para quienes buscan orientaciones para la acción, sobre todo para el ejercicio de la gerencia en los tiempos que corren, es interesante (quizá reconfortante) encontrar que incluso un crítico de la ética del deber como Peter Singer concluye en la necesidad de adoptar un punto de vista universal y en que, si bien no existen respuestas concluyentes, el ejercicio de la razón puede conducir a tal punto de vista. Asimismo resulta útil constatar que, para Bilbeny, aunque rechaza categóricamente el relativismo, la ética del deber no implica desentenderse de las consecuencias ni de los medios necesarios para el ejercicio de la buena voluntad. Estas orientaciones, con sus diferencias y puntos de acuerdo, son valiosas para quienes enfrentan dilemas éticos; es decir, para todos. ■



COMPROMISO SOCIAL: GERENCIA PARA EL SIGLO XXI

ANTONIO FRANCÉS (COORDINADOR)



0212-555.42.63 / 44.60
edies@iesa.edu.ve

La empresa es el motor económico por excelencia, sea privada, pública o social. Hasta ahora trabaja para sus accionistas, pero los trabajadores, los clientes y las comunidades le plantean exigencias crecientes, que van más allá de lo que se conoce como responsabilidad social. En *Compromiso social: gerencia para el siglo XXI* se dan herramientas novedosas para responder a esas exigencias.